

EL VERBO SE HIZO CARNE Y HABITÓ ENTRE NOSOTROS - Comentario al Evangelio de P. Ricardo Pérez Márquez OSM

Jn 1,1-18

En el principio era el Verbo, el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios.

Este estaba en el principio con Dios. Todas las cosas por medio de él hecho fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no la dominaron. Hubo un hombre enviado por Dios, el cual se llamaba Juan.

Este vino como testigo, para dar testimonio de la luz, a fin de que todos creyeran por medio de él. Él no era la luz, sino un testigo de la luz. La luz verdadera que alumbra a todo hombre venía a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por medio de él; pero el mundo no lo conoció.

A lo suyo vino, pero los suyos no lo recibieron. Mas a todos los que lo recibieron, a quienes creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios. Estos no nacieron de sangre, ni por voluntad de carne, ni por voluntad de varón, sino de Dios. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad; y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre.

Juan testificó de él diciendo: "Este es de quien yo decía: "El que viene después de mí es antes de mí, porque era primero que yo"". De su plenitud recibimos todos, y gracia sobre gracia, porque la Ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer.

El primer domingo del año se abre con uno de los textos que tienen una resonancia más fuerte en la comunidad cristiana. Un texto que puede ser considerado como el himno del amor de Dios hacia sus criaturas, a la confianza que Dios siempre ha mostrado hacia los seres humanos.

Es el prólogo del Evangelio de Juan, texto que puede ser considerado como la síntesis de todo lo que el evangelista irá desarrollando a lo largo de su obra. Un texto en que el evangelista quiere responder a una pregunta que siempre los seres humanos se han hecho: quien es Dios y cómo podemos tener una experiencia directa de él.

Para el evangelista, a la divinidad (así acaba el prólogo) nadie la ha visto nunca. Antes de Jesús, el dios hecho hombre en la historia, nadie ha tenido una experiencia directa de Dios. Todo lo dicho de Dios antes de la explicación que ha dado Jesús, el hijo único que está en el seno del Padre, ha sido algo parcial, limitado e incluso falso.

Los hombres han proyectado hacia Dios sus ambiciones, deseos y miedos. Si había que justificar la pena de muerte se decía que Dios aniquilaba a todos sus enemigos. Si había que justificar las diferencias de clases sociales entre ricos y pobres, Dios bendecía a los justos con riquezas, salud y familias numerosas, y a los malvados enviaba enfermedades, miseria y desgracias. Si se quería justificar a un tirano cruel, Dios era cruel, castigaba y amenazaba continuamente como un juez terrible.

Nada de esto se confirma con Jesús, Hijo único de Dios, que nos ha hablado del Padre, Dios del cual nunca antes nadie había tenido experiencia directa de Él.

Jesús nos dice que Dios es el amor que cuando es acogido por el ser humano, es capaz de transformar la propia vida. A ese amor que el hombre es capaz de responder, Dios concede un amor más grande todavía, como dice el prólogo: "todos nosotros hemos recibido un amor que responde a ese amor".

Para el evangelista, Jesús nos ha enseñado a como tener experiencia de Dios y a como saber algo más de Él, al saber que en la capacidad de manifestar amor a los demás podemos tener comunicación directa con Dios. Esto cambia completamente la idea de Dios.

A Dios lo encontramos solamente en la humanidad de este hombre en donde Dios mismo ha manifestado toda la riqueza de su amor. Por eso el evangelista afirmará al principio del prólogo que Dios siempre ha tenido en su mente un proyecto (palabra). Y este proyecto ha guiado todo en la historia. El proyecto era que el hombre pudiera entrar en una plena comunicación con Dios. El proyecto era que el hombre fuera Dios y pudiera tener una íntima comunión con el Dios de la vida.

Este proyecto no fue aceptado "vino a su casa y los suyos no lo acogieron", pues poder ser como Dios, no según los criterios humanos, sino dando adhesión al proyecto realizado en Jesús, es decir, aceptando la humanidad de su hijo, como único modelo y norma de comportamiento para nuestra vida, esto no es aceptado por muchos, que piensan que ser como Dios significa alzarse por encima de los demás, con aptitudes de dominio imponiendo la propia voluntad sobre la gente. Nada de esto se encuentra en el Dios hecho hombre.

Jesús nos enseña la posibilidad que tenemos de hacernos hijos de Dios, dando nuestra adhesión a su persona. Esto significa repetir en nuestras vidas las aptitudes y comportamientos

de Jesús. Éste nos ha enseñado a renunciar a cualquier forma de dominio sobre los demás o a querer tener una posición de preferencia que nos distancia de los demás.

Lo que realmente nos hace ser humanos son aquellas aptitudes que buscan la igualdad y el servicio, dando a los demás lo que necesitan para poder sentirse tranquilos y serenos en sus vidas. Esto nos permite hacernos hijos de Dios, esto es, llevar en nosotros la misma vida divina, aceptando el modelo de humanidad de Jesús, el Dios hecho hombre, el proyecto hecho carne.

El Dios que ha acampado entre de nosotros no se ha quedado viviendo en los palacios de los poderosos a los que sólo algunos tienen acceso, sino que es un Dios que ha caminado siempre en medio de la humanidad para comunicarles su misma vida. Esto lo hemos entendido a través de Jesús que ha sido la explicación total y plena del proyecto del padre.

El evangelio de este domingo es un himno a la confianza pero sobre todo, la explicación de hasta dónde puede llegar el amor de Dios; un amor tan grande, que quiere hacernos a nosotros participar de su misma condición divina.

Para ello la posibilidad se presenta al aceptar la humanidad de Jesús e intentar crecer en esa misma humanidad. Esto es lo que nos permite tener una experiencia directa y plena del Padre, Dios de la vida.

Para decir quién es Dios, tenemos que mirar a Jesús, el único que lo ha rebelado. Es a través de sus palabras, gestos y enseñanzas que comprendemos a Dios, pues es él el Hombre plenamente realizado. A través de su humanidad comprendemos el ser de Dios. Y aunque sea de una manera limitada, estamos seguros que nuestra comprensión es acertada, llegando a comprender incluso que en nuestra humanidad se manifiesta la divinidad que siempre el hombre ha intentado buscar de otras maneras.

El prólogo recuerda (esta es la felicitación que el primer evangelio del año propone), que cuanto más somos humanos y crecemos en humanidad, más somos divinos, manifestando a ese Dios que llevamos dentro.

La divinidad en nosotros se manifiesta en la medida en la que crecemos como seres humanos, manifestando los mismos valores que fueron del Cristo, con las misma aptitudes humanas que han caracterizado su vida.

Este es el prólogo que el evangelista ha querido anunciar a sus comunidades, para que estas mantengan siempre viva la memoria de un Dios que se ha hecho hombre, para que los hombres, viviendo como Jesús nos ha demostrado, puedan tener una plena y total comunión con él.